



NÚM. 114

BARCELONA, 13 JULIO 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

ESCEJA DE UNA COMEDIA INÉDITA

Juanita, niña de siete años.
Pepito, niño de ocho años.

Pepito. (Entrando en la sala, y saludando á Juanita con mucha urbanidad.) — Servidor.

(Juanita se sienta y Pepito permanece de pie con la gorra en la mano. Pausa.)

Pepito (Aparte.) —E! bonita. (Pausa.)
¿No juega usté, señorita?

Juanita. —¿Yo? No, señor: ya soy grande.
(Pausa.) Me van á poner de largo.

Juanita. —De manera,

que si jugara, pudiera parecer mal.

Pepito. —Sin embargo...

Con amigos...
(Saca una cajetilla de cigarros.)
(Pausa.) ¿Fuma usted?

Juanita. ¿Fumar yo? ¡Qué disparate!

Pepito —Yo fumo de chocolate.

(Se mete un cigarro en la boca.)

Juanita. (Suspirando.) —Que aproveche.

Pepito. —No hay de que.

La señora. (Dentro.) ¡Niño!
Pepito. (Dando un paso hacia la puerta y

saludando cortesmente á J

—Pepito Becerro Entenza,
servidor.

(Levantándose.) —Juanita Hue

Pepito. (Con timidez.)

—¿Me quiere usted?

Juanita. (Ruborizándose.)

—No, señor: me

Pepito. (Aparte.) —Como soy persona extraña..

(A Juanita.)

Yo suelo ir a la montaña rusa, por mañana y tarde: y si no tiene usted asuntos que lo impidan, cuando quiera vaya usted con la niñera: nos despediremos juntos.

Juanita. —Gracias.

Pepito. —Y yendo conmigo,
no tema usted que la roben. (Pausa.)



Beso á usté la mano, joven.

Juanita. —A los pies de usted, amigo.
(Vase Pepito, haciendo saludos,
y Juanita, desechada, se sienta
y da un bofetón a su muñeca.)

HERMINIA



INTRO

DOS MUJERES

A mi amor el insigne literato D. José María de Pereda

Es la primera á mi memoria grata,
porque es el ser que con el alma adoro;
es su cabello de color de plata,
la que anhelante mis pesares mata
y es de bondades singular tesoro.

Si contemplo sus ojos con amor,
y en ellos se dibuja la alegría;
aun siendo inmensa la desdicha mía,
encuentro lenitivo á mi dolor.
Ella es la luz que mi esperanza guía.

Tienen sus dulces frases el acento
que el sonoro cantar de ruiseñores;
es mi madre el amor de mis amores,
es la antorcha que alumbra el pensamiento
de mis sueños de artista en los albores.

La segunda es la niña
que me enagena
de ojos grandes, rasgados,
de tez morena.

Su angelical figura,
digna del cielo,
ya la soñó Murillo
para modelo.

Su apacible semblante
gracia atesora,
y hermosa es su sonrisa
como la aurora.

Besan y hablan sus ojos,
con mil destellos,
expresándose amores
grandes y bellos.

Besa con su sonrisa
mi dulce amada,

cual los ángeles besan
con la mirada.
Decidme que renuncie
de la poesía
los sublimes encantos
y la armonía;
más dejadme que cante,

soñando amores,
cual cantan en la selva
los ruiseñores.
Dicen que en lo profundo
del Océano,
donde todo es misterio,
duda y arcano,
habitan las huries
bellas y amantes,
en palacios de perlas,
oro y diamantes.
¿Qué gozo sentirían
los soñadores
en aquellos palacios
encantadores!

Pues cual gozarán ellos,
yo gozo tanto,
al lado de mi vida,
mi luz, mi encanto.
¿Qué en ella se compendia,
gracia, dulzura,
inefables bellezas,
amor, ternura!

Ambas mujeres me adoran
con vehemente idolatría;
soy su llanto, su alegría,
por mí rien, por mí lloran.
Las dos mi amor atesoran;
y amor tanto, tal pasión,
lo dicen á mi razón:
de la vida en los albores,
no gozando estos amores,
vive muerto el corazón.

Manuel Fernández Realda



LA DONCELLA DE LOS GANSOS

Ayuntamiento de Madrid



LOS PRIMEROS CALORES

Los primeros calores han producido una revolución, así en la sangre, como en la indumentaria de las personas.

Ante un invierno tan prolongado, como el anterior, dábanse á los demonios los médicos y los sastres. La humanidad seguía «tirando» con la ropa vieja y con la sangre antigua.

Como la primavera ha pasado en un soplo, todos hemos pasado del catarro al tabardillo, y de la «pañosa» al traje de drill... ¡Sin presentirlo!

Ha sido un «cambio de frente», y con alevosía.

Ha habido quien se acostó con tres mantas, tiritando de frío, y amaneció en el suelo, bañado en sudor copioso.

Esto se llama dar la vuelta al globo, en una noche, sin moverse de casa.

Esto es ir

desde el helado hasta el ardiente polo.

como dijo el otro, sin costar un céntimo.

Pero, no han sido estos solos fenómenos los que se han registrado en las esferas doméstica y pública. Todas las habitaciones se han lanzado de repente por el camino del desestero.

Y no hay oficina del Estado, ni alcoba de pupilera que no haya sufrido la importante operación de limpiarse de polvo y paja.

A muchas familias, poco acomodadas, pero decentes, han cogido absolutamente desprevenidas los primeros calores, y hacen homéricos esfuerzos para disfrazar sus deficiencias de ropa.

Al conocido caballero D. Pantaleón Camisilla me le encontré en la calle días pasados, vestido con un traje «mixto».

—¡Ya ve usted!—me dijo.—Con estos calores que se han echado encima tan de improviso no sabe uno que ponerse.

—Efectivamente,—repuse.

—Traigo,—añadió el caballero,—un pantalón de verano, una americana de invierno, y un chaleco de primavera.

—Y hace usted muy bien...

—Como son las noches tan frías, y los días tan ardientes, y las tardes tan ventosas... ¿Qué ha de hacer una persona prudente?

—¡Pues! Prepararse para todos los cambios atmosféricos.

La verdad es que, como el distinguido D. Pantaleón Camisilla, hay innumerables Pantaleones y Camisillas, que tienen la ropa empeñada, y á quienes este intempestivo calor pone en vergüenza.

Pero es lo que alegaba un sujeto sumamente precavido.

—Yo,—decía,—no siento temor de que me roben, cuando me ausento de casa. Alhajas, no las uso. Dinero, lo llevo todo conmigo, cuando lo llevo. Y ropas, las guardo, las que no necesito, en la casa de préstamos. Allí están mi ropero, mi baul y mi cómoda, todo junto. Y vivo tan tranquilo.

Por eso, la revolución, á que hice referencia al principio, se ha extendido hasta las dichas casas de compra-venta mercantil, como ahora galantemente se titulan.

En ellas se observa, en estos instantes, un trágu continuo, que ya lo quisieran para sus días menos nefastos las tiendas de libros.

A toda hora se escuchan diálogos en extremo interesantes.

—Vengo,—se oye decir,—á sacar mi traje de alpaca tornasolada.

—Vamos, color de mosca de miel,—replica el judío... ¡La papeleta y el dinero!

—La papeleta, sí; el dinero, no. Pero, entrego, en cambio, estas camisetas de lana y estos calzoncillos de punto.

Otros dejan la capa, y sacan la sombrilla.

Y no falta quien entre vestido de negro, y salga vestido de blanco.

Una de estas mañanas, me hallé á los ocho á un amigo, todo enlutado. Volvíle á ver á los cinco minutos, y estaba vestido de lanilla azul y verde.

—¡Hombré!—exclamé.—Te pareces á Frégoli. Hace un momento íbas vestido de sacristán, y ahora de loro. Y como vives lejos de aquí, es de presumir que llevas un numeroso vestuario contigo.

—Te diré,—replicó sonriendo.—Es que me mudo en casa de un tío mío, que habita ahí al lado.

Después averigué que este tío era su prestamista.

¡Oh! Sí. Los primeros calores nos han trastornado á todos.

Sufren una verdadera calentura todas aquellas familias que, acostumbradas á veranear, aun no habían elegido sitio de recreo, á donde ir á distinguirse y á entraparse.

Y con este motivo se suscitan, en el seno de esos antes ¡ay! pacíficos hogares, disputas asaz acaloradas.

—Mira, Trinitario,—le dice una señora, entrada en años, á su esposo.—Tienes que adobar la bolsa. Ya han llegado los baños, y, ya ves, tus tres hijas y yo nos encontramos desnudas.

—Y para bañaros ¿para qué queréis ropa?—replica sarcónicamente el marido.

—No te burlas, Trinitario. Es menester ahorrar, aunque nos quedemos sin principios ni postres.

—¡En no quitándomelos á mí! Vosotros podréis manteneros con trapos.

Pero, D. Trinitario, á pesar de sus bromas, concluye por reventarse, y pedir adelantado, y desprenderse de caros objetos, y fumar tabaco de diez y ocho céntimos la cajetilla, y suprimir el tranvía, y tomar el periódico en vez de «mono», y acostarse sin luz y sin leer el periódico de la noche hasta el día siguiente.

Más, ¿qué sacrificios no hará él, que es esposo de un atún, ó «atuna», y el padre de tres besugos, ó «besugas», pues no otra cosa son los raros ejemplares que componen su familia femenina?

No maldigamos, sin embargo, de estos calores.

Ellos nos anuncian una época deliciosa.

Con los calores maduran los pepinos, los pimientos y tomates; comida barata, si bien indigesta.

Reinan los sorbetes y las chinchas.

Hacen irrupción las calabazas y los melones, en compañía, este año, de los diputados nuevos.

Se reproducen los espectáculos que tanto honran, y tanto color local dan á la «cult» capital de España.

O lo que es lo mismo.

Las comadres se sientan á las puertas de las casas á «tomar el fresco», según ellas dicen, aunque, en realidad, se sientan allí para fignear la vida de los vecinos.

Los improvisados músicos de guitarra y de bandurria, y «cante flamenco», júntese bajo vuestros balcones, y os dan serenata, según ellos pregonan, aunque es lo cierto que las tales serenatas se convierten en «latas».

Y los infinitos coros de niñas, jugando y gritando, saltando á la «comba», corriendo á «las cuatro esquinas», canturreando la «á la limón», «en Madrid hay un palacio», y otras canciones, igualmente nuevas y armoniosas, os meten en ganas de emigrar á los silenciosos y «felices» desiertos de Sahara.

¡Bienvenidos, pues, sean, los calores!

Por varias razones.

El inquilino desahuciado, puede dormir al raso, sin atrapar una pulmonía, ni pagar á ningún casero.



Y esto es un consuelo al cabo
 Los vagabundos, esos desahuciados eternos de todo cuarto, sin cuartos, bendicen, del mismo modo este providencial tiempo, que les permite dispensarse de cama bajo techado.

Para eso están los bancos del Prado; lechos tan honrados como duros, donde probablemente habrán puesto á descansar sus huesos, alguna noche, no pocas glorias bohemias del arte, de la ciencia, de la política ó del presidio.

Y también bendicen al calor los estudiantes, porque con el empuje de las vacaciones.

Aunque esos estudiantes sean de la clase de aquel, á quien preguntaron en un examen:

—¿Por qué los días de verano son más largos que los de invierno?

A lo que contestó impávido:

—Porque el calor dilata los cuerpos.



JULIO ESQUIVEL

BELLAS ARTES

Indejorable tema para lucirse es el escogido por el autor: un fresco paisaje, con un lago, y por contra figuras, que lo mismo pueden ser Nezeidas que simples mortales. Con eso tiene bastante un buen artista para hacer algo que sea tan bonito como interesante, y por de contado, mucho más que una escena entre cuatro paredes. Nada tan hermoso ni que tanto captive, ó deba cautivar, como la Naturaleza, manantial de toda inspiración, tesoro de todos los elementos que pueden hacer dichosa la vida.



LAS NINFAS, cuadro de Hope Mac Lachlan



Un chico alemán

Conocí a Gustavo Geschiwister en casa de doña Visita, pupilera establecida en la calle de Jacometrezo. El alemán, como le llamábamos generalmente, era un mocetón hercúleo, de ancho y colorado semblante, puños de boxeador y cabello feo matiz pajizo; no diré que le sombreaba el labio superior un finísimo bozo, porque este, más parecía una dedada de luz que cosa capaz de hacer sombra; pero lo más notable en la fisonomía del joven extranjero eran los ojos, unos ojos grandes, de iris grisáceo con reflejos entre verdosos y azulados que me hacían pensar, no se porque misteriosa asociación de ideas en paisajes desconocidos y lejanos de los que aquellos ojos guardaban el secreto.

Esta ocurrencia mía acentuábase cuando Gustavo hablaba de su país, uno de los cuatro grandes ducados de Sajonia, y, muy especialmente, del hermoso valle fertilizado por el río Ilm en que se sienta Weimar, la Atenas germánica. Sin embargo, nuestro *weimarense* nada tenía de poeta. Su padre, Tobias, Geschiwister, fabricante de calcetines en Weimar, había sido enviado a España para que corriese mundo y, de paso, el artículo de la casa Ibslske y Geschiwister.

Tenía Gustavo tres compañeros de hospedaje, de la clase de estudiantes desaplicados, que solo trataban en serio las cuestiones de toros. Estos tres habían tomado al chico alemán como víctima de la continua chacota sirviéndoles de pretexto y escudo el desconocimiento de aquel en el idioma castellano. Desesperábase el joven Geschiwister, no tanto por ignorar el significado de algunas palabras como por encontrar otras incongruentes; se había propuesto aprender el español, con la ayuda de un diccionario de bolsillo, y era de ver lo afanado que andaba con las hojas del vocabulario cuando los estudiantes prodigaban los términos del *argot* chulesco y esos modismos populares que, nunca con más fundamento que entonces, se designan con el nombre de *timos*.

Gustavo aprovechó en Madrid, la primera ocasión, que no le fué tardía para ir a los toros.

Por suerte ó por desgracia, le tocó ver una corrida llena de emociones, para él espeluznantes. Hubo aquella tarde terribles caídas de latiguello, picadores comocionados y caballos que galopaban con los intestinos enredados entre las patas; un toro fogueado saltó varias veces al callejón, obligando a los guardias a tirarse de cabeza a la plaza; el señor presidente fue insultado por el público con los dicterios más ofensivos y calumniosos, y, por último, no faltó la aparatosa cogida de uno de los diestros en el momento supremo de la lidia.

Cayó la fiara, herida por certera estocada, al mismo tiempo que retiraban del circo a su matador, el *Riñones*, exámine, con el traje desgarrado y la faz lívida. El público, repuesto ya de la emoción momentánea, aplaudía el certero puntillazo del cachetero y, sobre tanto horror, el ambiente, caldeado por el sol de España, sentíase como estremecido por palpitaciones de júbilo y fiesta, donde se confundían el rumor de la muchedumbre y las notas vibrantes de la charanga.

Este contraste acrecentaba la penosa sensación de Gustavo que, sugestionado por el espanto, tenía fija la mirada en el redondel, donde los areneros echaban espuertas de tierra sobre los charcos de sangre, mientras las mulillas, engalanadas con arcos vistosos, arrastraban al *spoliarium* los cadáveres de las bestias sacrificadas que aun tenían estremecimientos de vida. Entonces fué cuando un chulapo, que presenciaba el espectáculo

junto al chico alemán, presentó a éste una bota de vino diciéndole:

—Monstú, dele usté un metió pa que se le vaya el susto.

Los compañeros de Gustavo disputaron mucho, durante la comida, sobre la cogida del *Riñones*, que cada uno atribuía a causas distintas.

—¿Habéis concluido de rebuznar?— gritaba Pancorvo, el estudiante más antiguo y más atrasado.—Ni el bicho era de sentido, ni pedia tablas, ni vosotros *chanelais* de toros. *Rifones* entró á volapié como los propios ángeles, corto y derecho; pero sin encunarse y marcando la salida: no tuvo él la culpa de que el toro no tomase el trapo.

—¡Es claro! Se le fué al bulto de puro noble.

—¡Ahí tienes como discurren menos que un sombrero de paja!

—Pues, á ver... Si *Rifones* marcó los tiempos como prescriben los cánones y el toro era claro, ¿por qué no obedeció á la muleta?

—Por culpa del presidente... ¡No reirse que no he dicho un disparate! Como su señoría se durmió en la suerte de varas, el toro llegó á la muerte quedándose, por exceso de castigo, y al sentir el bulto que salía rozándole el costillar, como tenía codicia, corneó con el pitón derecho y se trajo á *Rifones* enganchado por el revés de la casaquilla.

—Los togos seg uno divegtimiento... bruto, hoguible...—dijo Gustavo, que no había entendido palabra de la luminosa explicación de Pancorvo.

Entonces, los polemistas hicieron causa común contra el detractor de la tauromaquia. Salazar, alumno de Derecho, hizo una brillante defensa de la fiesta española que, cual ninguna otra, deleita la imaginación y vitaliza el espíritu.

—En fin, Gustavo; tú no puedes comprender esto aun. Los toros son como la cerveza: hay que acostumbrarse á ellos.

—En Alemania gostag mocho la cerveza.

—Pues aquí nacemos locos perdidos por los toros. Ahí tienes el nene de doña Visita: en cuanto ve á su padre se le alegran las pajarillas.

Ello fué que los estudiantes hicieron reincidir al comisionista y que éste, para no juzgar sin conocimiento de causa, apeschugó con el sangriento espectáculo; pero la relativa admiración que le produjeron la habilidad y el heroísmo de los lidiadores, ni era entusiasta ni lograba vencer su repugnancia. Así, pues, cuando se creyó suficientemente ilustrado en la materia, no hubo fuerzas humanas que se le hiciesen volver á la plaza. Su opinión primitiva había salido victoriosa de la amarga prueba, que no relajó su paladar astético y dióle armas para combatir lo que sólo por aberración morbosa de una raza ó salvajismo hereditario, podría parecer agrgradable.

Una mañana, á la hora del almuerzo, hablábase de la contrata de *Guerrita*. Gustavo oía y callaba, muy ocupado en engullir grandes pedazos de *bistek* y rebanaditas de pan untado con manteca.

—Le dan seis mil pesetas por corrida,—decía Pancorvo,—pero le veremos en pocas, porque tiene ya ajustadas cincuenta y siete en provincias.

—Y las que caerán!—exclamó Salazar.—Hasta ochenta y dos que lleva toreadas este año...

—Nada; que, descontando los gastos de viaje y cuadrilla, se le puede calcular una ganancia líquida de cincuenta mil duros.

Gustavo irguió la cabeza y, fijando su limpia y soñadora mirada, con ensimismamiento, en el esposo de doña Visita, se perfloó con el cuchillo grasiento, cruzándolo sobre la mano izquierda, que sostenía la servilleta, y dijo, expresando involuntariamente una ocurrencia íntima de negociante empetacado: —¡Yo quizás podría!

NICOLÁS DE LEYVA





EL BAÑO: escena veneciana, cuadro de R. de Madrazo

del
pri
par
plu
cón
mis

de c
mío
dad
la se
firm
bia
uno
taba
do e
ases
recie
el ca
la de
usuf
P
no m
C
indus
ese c

EL CRIMEN DE JUAN DOMÍNGUEZ



o hay que decirlo: las veladas de invierno son interminables en los pueblos, si se han de pasar en casa, y de ahí que algunos de los *notables* de Cumbres Verdes procuraran matar aquellas largas horas reuniéndose en casa del cura párroco, D. Ciriaco Martínez, hombre de entretenidísima conversación, carlistón furibundo y suscriptor al *Correo Español* de Madrid, y al *Fuerista* de Calablanca, cuyos números estaban siempre sobre la mesa, á disposición de los comentaristas.

Una noche de diciembre hallábanse departiendo en el comedor, y despacho del párroco, éste, el juez municipal, el médico y el notario, que formaban el *bando reaccionario*, y por primera vez asistía á la tertulia el boticario, conocidamente *libre pensador* y á quien le faltó tiempo para plantear el tema del *secreto de confesión*, adelantando desde luego su opinión de que eso era *pampolina*, y no había que darle crédito.

El cura se sonrió, dirigió involuntariamente una mirada hacia un niño de corta edad que en un rincón del comedor tenía en brazos el ama, distrayéndole con un perro encaramado en una silla frente al mismo, y dijo:

—Pues voy á referirle á usted nn caso que le demostrará si los sacerdotes guardan ó no el secreto



de confesión. Erase pues... un amigo mío, capellán de la cárcel de cierta ciudad que no viene el caso citar. Recíbese la sentencia del Tribunal Supremo confirmando la pena de muerte á que había sido condenado por la Audiencia uno de los presos, y mientras el reo estaba en capilla, un telegrama denegando el indulto. No era para menos el caso: resultaba que el acusado, escribiente del ayuntamiento, había asesinado á su mujer, viuda en primeras nupcias, en la que tenía ya un hijo; ítem más, habían desaparecido de la cómoda trescientos duros que el padre de la víctima la había entregado aquel mismo día; el cadáver aparecía con señales del más feroz ensañamiento. Los móviles no podían ser más evidentes: la desgraciada esposa poseía algunos bienes; muerta ella, la heredaba el chico, y el padre quedaba por usufructuario hasta su mayor edad. El asesino se casaría sin duda con otra, y negocio concluido.

Preso é interrogado se negó á declararnada; decía que no sabía como había podido suceder aquello; no manifestaba el menor sentimiento y solo de vez en cuando preguntaba por el chiquillo.

Confeso y convicto, el jurado pronunció veredicto afirmativo, y confirmado el fallo y denegado el indulto, accede á confesarse con mi susodicho amigo el capellán. He de manifestar ahora, señores, que ese capellán ha muerto ya... y me lo contó á mí, con la prevención de que diría el pecado, pero no

el pecador. Pues bien, el reo en el supremo trance de la muerte, le reveló que el asesino no era él, sino otro, el gallito del pueblo, el amante de su mujer, por robarla. El miserable, tenía cartas de la víctima, y al sorprenderle Juan Domínguez que así se llamaba el infeliz sentenciado, le había amenazado con dárselas á leer por todo el pueblo si le denunciaba y se vería entonces si la madre del chico había sido una tal y que si llegaban á prenderle probaría como su mujer había envenenado á su primer marido, maestro de escuela, para casarse con él, del que andaba enamorada entonces, pues era harto antojadiza. Y todo eso, teniendo á Juan bajo su rodilla y rozándole el cuello con la navaja, pues al verse sorprendido se había arrojado sobre él derribándole.

El infeliz, más espantado del deshonor de su hijo que de la misma muerte, calló, y se llevó el secreto á la tumba, sin que su confesor pudiese decir ni una palabra para salvarle. Solo el cura aquel y su perro, que le siguió hasta el patíbulo parecían compadecerse del desgraciado.

Y ahí tiene usted, señor farmacéutico, un caso verídico que le demostrará si los curas guardan ó no el secreto de confesión.

—Pero lo que nos ha contado usted es terrible, padre,—exclamó el juez municipal, conocido de todo el pueblo por lo lenguaraz,—y yo en lugar del cura ¡pues! lo que hubiera tardado en ir á referírselo todo de pe á pa al sargento de la guardia civil.

—Mi amigo hizo lo que debía, señor mío. Así está mandado por la iglesia, y así se debe hacer, aunque se trate de salvar la vida de un hombre.

—Pero ¡apechugar con la deshonra! —Sí, más el infeliz Juan Domínguez juzgó menos deshonroso para su hijo morir acusado de asesinato y robo que no pasar por marido infamado. Y no se meta usted en averiguaciones, porque cada uno entiende el honor á su manera.

—¿Y el verdadero asesino? ¿qué fué de él?

—Pues por ahí anda tan campante esperando que suba su partido para que le nombren alcalde... Sin embargo, no extrañaría que la justicia de Dios cayese sobre él á la hora menos pensada... A veces, cazando, y él es muy cazador, se encuentra uno con una bala que no buscaba...

Y al decir estas palabras el cura miraba una magnífica escopeta Lefaüchoux colgada de la pared.

—¡Señor cura!—exclamó á esto el ama.—¡Cómo está ese chiquillo que recogió usted! Parece que le estaba escuchando á usted... ¡Y ese perro! ¡Pues se diría que está llorando!

ALFREDO OPISO

RIMA

Lo mismo que las flores
que tienes en la reja
y cuidas cariñosas,

ahora á vivir empiezas,
y son las ilusiones que viven en tu alma
como el perfume en ellas.

Tú vives venturosa
sin que te aflijan penas;

hermosas esperanzas
sólo tu pecho alienta
y sueñas con amores sin celos ni inquietudes
sin dudas y sin quejas.

Más quizá el desengaño
á herirte pronto venga,
quizás en realidades
amargas se conviertan
las dulces ilusiones de amor y de ventura.



EL VIEJO DIQUE, cuadro de Adriano Stokes

EL LEGADO



Murió el ricachón Cifuentes y en seguida que supieron la nueva á su casa fueron sus más cercanos parientes: los cuales con ansiedad y sin respeto al difunto quisieron saber al punto su postrera voluntad.

P.Y para no armar quimera el notario, dando fe, leyó una cláusula que decía de esta manera:

«Por la presente escritura lego cuanto yo poseo á mi sobrino Mateo como estudio para cura.»

—¡Su voluntad es la mía! el heredero exclamó: y al punto se dedicó á estudiar teología.

Jamás un curso aprobaba: pero lo curioso es que al año siguiente de nuevo se matriculaba.

Y no corriéndole prisa cumplir del tío el deseo, el pícaro de Mateo no cantaba nunca misa.

Tamasha conducta al ver los deudos que no heredaron, en cara una vez le echaron semejante proceder.

Más con la mayor frescura les replicó el muy talmado: —Para gozar del legado no debo ser nunca cura.

Lo heredé para estudiar, por lo cual no tengo prisa la carrera se terminará: porque cuando canto misa ya he acabado de estudiar!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



JK

Alfaro

El di
el enar
Barcelo
Centro
cunstar
y por su
funda s
El gru
nía rel
con un
Amalia
dia de l
miento
Falec
calle de
días á
que est
sus pac
Cuan
de Am
agua, y
do serv
Lo q
tes se l
cón dis
tándole
él otro
Los d
dirigid
les acu
habían
contrar
res. La
determ
había s
nía los
excelet

PEPITORIA

CRIMEN PASIONAL.



SEBASTIÁN FALCÓN

(Fot. de M. Sánchez Carbajal)

El día 2 del corriente ocurrió en el cuartel de la Guardia Civil, en Barcelona, situado en la Rambla del Centro un suceso que, por las circunstancias que en él ocurrieron y por su terrible carácter, causó profunda sensación. Hé aquí los hechos:

El guardia Sebastián Falcón sostenía relaciones amorosas desde niño con una agraciada joven llamada Amalia Barrabés, hija de otro guardia de la fuerza que tiene su alojamiento en el cuartel citado.

Falcón acuartelado en el de la calle de Ausias March, iba todos los días a visitar a su novia al pabellón que ésta ocupaba en compañía de sus padres.

Cuando llegó dicho día, la madre de Amalia había salido a buscar agua, y el padre se hallaba prestando servicio en la Audiencia.

Lo que pasara entre ambos amantes se ignora. Solo se sabe que Falcón disparó un tiro a Amalia acertándola en el corazón, haciéndose él otro disparo en la sien derecha.

Los dos proyectiles iban tan bien dirigidos, que cuando jefes y oficiales acudieron al pabellón donde se habían oído las detonaciones no encontraron ya más que dos cadáveres. Las causas del hecho no pueden determinarse aun. Sebastián Falcón había servido en Cuba, y parecía tener los mejores antecedentes y una excelente hoja de servicios.

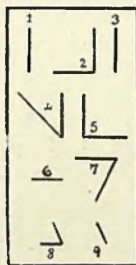
Los cadáveres de los desgraciados amantes fueron enterrados juntos, habiendo sido acompañados hasta el cementerio por gran número de compañeros del desgraciado Falcón.

†

El domingo, 7, a las diez de la mañana, entregó su alma a Dios el ilustre decano del periodismo español D. Juan Mañé y Flaquer, director del *Diario de Barcelona*. Hombre de arraigadas convicciones, dignas del mayor respeto por lo sinceras, deja un ejemplo de intachable probidad y admirable abnegación, pues habiendo podido serlo todo jamás quiso abandonar la profesión que con tanto talento, autoridad y prestigio ejerciera desde hace sesenta años, en que hizo sus primeras armas en el periodismo.

¡Descansen en paz el venerado maestro y sirva su existencia de modelo a los que anteponen el cumplimiento del deber a las satisfacciones materiales!

ACERTIJO



¿Cómo convertiría el lector los nueve precedentes fragmentos en una línea?

NOVEJARQUE

A los boers los ingleses nunca los pueden seguir y es porque usan callicida del doctor LADIVONSIM

El número 19 de NUESTRO SIGLO es una muestra más de lo que puede conseguirse cuando se quiere hacer un periódico útil y económico. La novela en pliego suelto EL TESORO DEL PIRATA por otra parte, reviste un interés tan extraordinario que pocas veces se había podido leer cosa igual.

GEROGLIFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—Sorteo.

Terceiro geográfico.

NA	VI	A
VI	A	NA
A	NA	YA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. de B. R.—Tiene poco interés. Varias adiciones.—Sentimos no poder complacerle.

F. M. I.—Alcante.—Ninguno de las poesías está bien versificada.

S. A. N.—Iría todo: cúlbrase de que no se repita lo que dice.

X. de H.—Valencia.—Está perfectamente el cuento, y procuraré que se publique pronto a pesar de que el monto de originales que tenemos pendiente de inserción rivaliza ya en su altura con el monte Ararat.

R. de A.—Tercel.—Et supra.

B. H. M.—Tarragona.—No está mal, pero tampoco está bien del todo. Hay muchas impropiedades... envidiables, y es algo duro; además, no es tampoco muy nuevo el desenlace. Con todo, como tiene usted condiciones me permito aconsejarle no se desanime, y adelante con los folios.

R. U. M.—Zaragoza.—Perfectionaments.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL. «LA IMPRISA» PLAZA DE TITULAN, 99.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

